

rruyos se- iba a cumplir veintidos años en el próximo

de May que con plumer se hubiera calentado, así que mostraba, su fíz entre dos agnoscas. Todo se oscureció en torto suyo; su alma se heló, y jóven dentro de ese cuerpo que él su mismo había hecho tan viejo, quiso huir por ángel de la muerte que se lo acercaba.

El pesar no persigió a aquel cuya mano cojido algunas de las rosas esparcidas en el camino de todos y ante las cuales pasan ya los tantos pretendidos sábios que van anhelosos hacia la meta incierta. —Y entre tanto, con tanta amargura se mezcla á esos dulces recuerdos! ¿Qué hacía él mientras ella, sentía que vida la abandonaba lentamente? ¿Qué hu-

hecho durante esos largos meses de enfermedad? Ella, la pobrecita, estaba muerta ya,

Y como las dos mujeres repetían continuamente á su hijo las mismas palabras inexorables, se calaba hizo un movimiento de resistencia. La madre se endureció:—*¿Lo quieres, don?*—Poco faltó para que le sacara con sus robustas manos.—*«Si, sí!»* exclamó hermanita; ¡ella consiente! lo he dicho!—*«La ha hizo el mismo signo y sus parpados se arrastraron nuevamente.»*—*«Alberto, ve pronto buscar el cura!»*—*«¿Quieres casarse?»*—*«¡Pronto!»*—*«Ah leuda se Dios! ¡mi hija no morirá con un perro!»*

El hermano partió á escape; pero después

abrir y bajar la escalera se detuvo para encender un cigarrillo.

La alcohola tomó de improviso un nuevo aspecto. El padre metió su puma en el bolsillo, levantando la cortinilla de burda muselina a mirar la calle a través de los cristales de ventana; al poco rato su aliento flotó sobre vidrio un esposo vapor, que horrió con la palma de la mano y permaneció allí, con chubacón traído con sus uñas sucias fragmentos de piezas de música. La hermana se había vuelto sentar, y con los ojos en el suelo, removía los labios haciendo girar entre sus dedos las cuentas de su rosario; en su redonda cara se había una expresión de triunfo.

traban á
lado, con

desaparecieron, amontonó los platos y los llevó a la habitación contigua; el segundo vino fijo por los vasos, en cada uno de los cuales metió dedo para azuzarlos los tres a la vez; colocó en su brazo la botella, tomó la candelabra con mano izquierda, y salió, abriendo la puerta de rodillazo. Esta vez volvió provisto de una escoba y mientras que recogía la basura arrojó a la punta del pie algo a la cama. En seguida pasó la mesa en el medio del cuarto, estendió su braza una servilleta limpia, cuyos pliegues asó con el puño y, estiendo todo listo, se arrojó poseando en turno suyo una mirada de satisfacción. Entonces, el mismo Dios podía entrar.

Pasaron algunos minutos. Por último la pue

ta se abrió; el timbre argentino de una campana anunció al chiquillo del coro. El cirio que traía iluminaba de lleno el rostro del sacerdote que venía detrás, llevando entre sus dos manos el copón. Un segundo anunció el hermano, que antes de tirar su cigarrito echó una última fumada. El y el aplastó con ruidito bajo su pesado zapato. El padre y la madre se inclinaron haciendo la señal de la cruz. La hermana con toda devoción se arrodilló. La moribunda había reabierto los ojos. El cura, grueso anciano, de cabeza importante, se había colocado cerca del lecho, hablaba con calma, casi entre dientes, con las manos entrelazadas. Se escuchaba por aquí, por

allá, el extremo de una frase:—«Hija mía... d
beres religiosos..., alejada del santo tribunal.

habría mas dicha en el cielo... nosotros, pobres pecadores... ¡Piaquesos recufinitos; despues laltre! La madre, de hinojos, lloraba de veras. Cuando él dijo: Confesad vuestras culpas... —a la aguantante balbuceó haciendo un esfuerzo: «Es bien.»

El sacerdote entonces se dio vuelta, hizo un vénia á los que allí habia como para que salieran, y se produjo un movimiento general de retirada. El padre tenia ya la mano en el picapeto; la madre al levantarse sa sonaba, y la niña empujó un poco la cabeza:—«Vos, dijo, acordando esta palabra, apenas perceptible, un leve gesto, que los detuvo á todos en su

guardar
dicho el

El momento era solemne. El sacerdote inclinó su cabeza y murmuró algunas palabras en latín. «Hablad, hija mía», dijo. Por casualidad se había colocado al rayo de sol y las moléculas brillantes jugueteaban sobre sus cabellos como Ertañal, la bella, la graciosa, la divina.

esparcía en su derredor, en pleno día, una lúgubre y difusa sumamente triste.

La joven permaneció algún tiempo sin articular palabra; las fuerzas le faltaban; los sonidos cesaban en sus labios. Por fin habló, pero con voz polvosa y vacilante: «¿Ella era entortada y débil...? ¡Ella tenía un amante...! Es mi única falta...! ¿Ella una falta?... No he tenido nada más que él... lo amaba...! ¡Oh! lo amaba mucho!»

que habéis hecho para que os estimara?.. Pa-
medas primero; y después... — La madre hi-

un gesto; quiso... interrumpirla; ella prosiguió con presteza: «Déjame hablar; ve que es lo más buena que te que hablas siempre... Di, puta, Alberto, ¿cómo es que hablas siempre de tus relaciones, y que yo no he tenido el derecho de amar también?... Y además, esto es lo peor... he fallado a mis deberes, según dices... lá a contármelo a los otros...»

Cumplir su deber... esto es muy fácil... cuando uno es feliz... «Hubiera podido desear muchísimo que amaras? Pero, bah!... Me decías siempre que era feliz... él me decía que era linda!... ahí todo... Tu sabes, papá, cuando me abofeteas...»

amor, y
corrió,

—Y, además, dile pues, mamá, tu has hecho...

¡Adios, lo mismo que yo, ¡no es verdad? Di que no...
a, senta- ¡me lo han contado!

— ¡Callate, desgraciada, o no podré darte la absolución!

Desfalleciente, habiendo agotado el último resto de sus fuerzas, se dejó caer sobre el desordenado lecho, balsecando con voz ahogada:

— Me burlo de ella.

Y después... nada. Si: algunos estremecimientos profundos, palabras sin sentido; respiraciones fatigosas; su nombre, su nombre, su nombre.

idea de acababa de morir en sus labios como para atestiguar hasta el fin su religion de amor. — Oh, 1

pobre, lo pobre pequeño, muerta abandonada en medio de seis personas!—Después, en este bledío la calma soberana, absoluta. A veces una respiración más fuerte levantaba al pecho: el cuerpo se helaba, el sacerdote, derramando el óleo santo, oraba, y en voz muy baja, resonaba en el silencio que reinaba en ese momento los latidos del corazón eran más y más débiles.

Erán las seis, las obreras salían de las fábricas llamando la calle de ruido, el sol se había escondido, la noche fría descendía, la noche solo estaba iluminada por el tenue resplandor del cielo; sonaban fantasías, indecisos se esparcían aquí y allá, y a lo la mano fría de

